

MUNDO.

(QUÉ SE ENTIENDE POR ESTE NOMBRE.)

I.

*Si de mundo fuisset, mundus quod sumus
erat diligeret.*

Si fuerais del mundo, el mundo os amaría
como cosa suya.

(JOHÁN. XV, 19.)

Hablamos, hermanos míos, muchas veces del mundo en nuestros discursos, y apenas se abre una página del Evangelio en que no se encuentren anatemas terribles contra el mundo y sus adoradores: enseñamos las virtudes, y lloramos la oposición y la guerra que el mundo les declara; en fin, apenas podemos hablar de Jesucristo que no tropecemos con el mundo, tan fuertemente reprobado en su doctrina. Sin embargo; ¿conoceis este mundo tantas veces nombrado y combatido? ¿vivís en desconfianza de sus máximas, ya que estáis instruidos de sus peligros? ¿teneis valor para desprenderos de él á vista de las miserias que acarrea? Finalmente; ¿sabéis lo que es el mundo, bien se le considere como el enemigo de Jesucristo, pues que no tiene parte alguna ni en sus oraciones, ni en su sacrificio; ó bien como nuestro enemigo más formidable, por la envidia secreta que tiene contra todo el que pertenece á Jesucristo? ¿Sabéis que, en cualidad de cristianos, formáis un pueblo aparte, y que el mundo no tiene derecho ni pretension alguna sobre vosotros? Hermanos míos, si no teneis estos conocimientos, sois dignos ciertamente de lástima. ¡Oh! cuánto temo que á pesar de tantos títulos como os separan del mundo, participéis todavía de su corrupcion y sus desgracias! Pero ¿qué es el mundo, cristianos? ¿dónde establece su dominacion y su imperio? ¿A dónde podremos retirarnos para evitar su contagio, ó qué podremos hacer para precavernos contra sus lazos? Todas estas son preguntas muy importantes, que exigen de los ministros de la santa palabra el examen más serio, y de la vuestra toda la atencion posible. Pidamos la gracia: A. M.

1. Jesucristo, queriendo conducir por grados á sus apóstoles al conocimiento del reino de Dios, no les descubre en su primera instruccion toda la felicidad que deben gozar. Esta noticia individual los hubiera llevado á mil discursos, y tal vez producido la confusion en su espiritu. Por tanto, se contenta con hacerles entender, que el reino de Dios toma su origen en su propio corazon, cuando procuran mantener en él el reino de la caridad. Y ¿no podremos aplicar esta leccion en otro sentido al reino del mundo? Lo que Jesucristo dice á sus discípulos para animarlos, ¿no podrá yo decirlo á los pecadores para infundirles un temor saludable? Si me preguntais, dónde está el mundo que estoy combatiendo, ¿no podré responderos que, bajo este nombre, entiendo todo objeto que fuera de vosotros sea capaz de separaros de la fidelidad que debeis á vuestro Dios, y en vosotros mismos las inclinaciones y las costumbres contrarias á su ley? Hermanos míos, bien meditada esta primera idea del mundo, es espantosa. Y si el mundo se encuentra á cada paso que damos, si dentro de nosotros mismos lo llevamos siempre, ¿qué medios tomaremos para evitar sus lazos, y para triunfar de los combates que nos presenta?

He dicho, en primer lugar, que el mundo es fuera de nosotros todo lo que nos separa del exacto cumplimiento de la ley de Dios, y no tenemos necesidad de alargarnos mucho para encontrarlo. En efecto; un hijo, dentro de su propia familia, encuentra los ejemplos más escandalosos; la negligencia y el abandono de una madre, que solo atiende á sí misma; los desórdenes de un padre, objeto continuo del escándalo en su casa, son los más propios para engendrar y mantener las desgraciadas inclinaciones de su corazon; y así, poco á poco, va dando crédito á sus vicios, porque no tiene quien se los reprenda. ¿Dónde está el mundo para este hijo infeliz? no lo es la casa de sus padres? Un esposo y una esposa se van encamiando insensiblemente á los delitos, el uno por sus excesos y su insultante genio, el otro por sus caprichos y locuras: la infidelidad, la blasfemia y la discordia son los frutos únicos que produce su matrimonio; y acaso tendrán necesidad de otro mundo para que los seduzca y lleve al precipicio? Se forman enlaces; pero la pasion es el alma de ellos: se fomentan las compañías; pero el interes es quien las reúne: se conservan las amistades; pero es por el libertinaje y para fines ilícitos. Preguntareis todavía, ¿dónde está el mundo? Pues sabed que está en ese comercio que teneis entre manos: él es quien os sugiere esos recursos de iniquidad, que no tienen otro principio que la codicia; él es quien da calor á esa sed insaciable de ganar que os devora. Está en esas compañías peligrosas; y él es quien os entretiene con sátiras mordaces contra el prójimo.

Está en esas mismas personas que han encontrado el secreto de seduciros y agradaos: él es quien os habla con ese aire placentero que os saca de tino, con esas gracias exteriores que os encantan. ¿No hallaréis pues al mundo en medio de la disipacion y la ociosidad, cuando las personas que llevan una vida irreprochable en ocupaciones no interrumpidas, no están á cubierto de sus artificios? El mundo es quien dicta casi siempre los fraudes, los disimulos, las traiciones y los perjurios que son el azote de la sociedad. Al mundo debe el rico las inquietudes y los pesares que le oprimen: del mundo aprende el pobre á murmurar y á quejarse. Si la medianía, ese estado preferible por todos respetos á las brillantes fortunas, no nos hace ser felices en la tierra, es porque el mundo nos inspira continuamente el espíritu de ambicion y de orgullo. ¿Quién pensaría, hermanos míos, que el mundo pudiese tener derecho hasta sobre las almas piadosas, cuyos instantes están sabiamente repartidos entre el trabajo y la oracion? El mundo les habla, tomando la máscara de la hipocresía, y por desgracia se le escucha con demasiada frecuencia. Él les inspira la satisfaccion interior y el amor propio; les enseña á buscar la atencion y la estimacion de los hombres; les alaba sus acciones y buenas obras aparentes; los separa y disgusta de esas virtudes secretas, de las cuales Dios solo sería el testigo y la recompensa; y como teme que las frecuentes meditaciones y el mucho silencio no sean causa para que vuelvan sobre su propio corazon y se hagan humildes, los acostumbra á hablar y juzgar precipitada y temerariamente de todo cuanto les viene á la mano, y, por último, va corrompiendo sus disposiciones más loables y cristianas. Y ¿acaso vuestros tabernáculos, ó Santo de los santos, nos podrán servir de salvaguardia contra el espíritu del mundo? ¿Me será lícito descubrir los defectos de vuestros siervos, que son mis hermanos? ¿estaré seguro de que no podrán recaer sobre mí los cargos que yo les haga? Hermanos míos, contentémonos con decir que el santuario no es una barrera, á la cual no se atreva á asaltar el espíritu del mundo. Como si no tuvieses bastantes objetos exteriores á donde dirigir sus tiros, mueve todas las inclinaciones contrarias á la ley de Dios, y ellas son otros tantos resortes que juega el príncipe del mundo para sorprendernos. Esta es la causa porque he dicho, que el reino del mundo está dentro de nosotros mismos. Y la salvacion ¿será fácil entre tantos obstáculos? ¿podremos vivir en el mundo y pertenecer á Jesucristo, sin un milagro patente? Luego será preciso, decís, ser un santo para estar en él sin participar de su corrupcion y sus desórdenes.—Sin duda, cuando hablais de esta manera, habreis leído, hermanos míos, en alguna parte, que la santidad es

incompatible con los diferentes estados á que la Providencia os llama; ó vivis persuadidos á que puede distinguirse la santidad de la salvacion eterna, y que sin ser santos, podeis contaros en el número de los escogidos. ¿No es esto aplicar á la santidad una idea bien ridicula? ¿no es hacer al Señor injusto y cruel en el hecho de suponerle autor de unos preceptos imposibles de cumplir? Cristianos, acordaos, dice san Gregorio Nacianzeno, del empeño contraído en el bautismo; y si no tenéis otro medio para vuestra salvacion que dejar al mundo y romper con él todo comercio, debeis ponerlo al instante por obra. Pero, esta moral que, si bien severa al parecer, nada tiene de excesiva, no conviene sinó á un número muy corto de mis oyentes. Os miro casi á todos muy apegados al mundo y atados á él con nudos indisolubles; pero, ántes que os atemorice con sus peligros y os desaliente representándoos vuestra debilidad, ¿habeis examinado si vuestras obligaciones, en cualidad de cristianos, son compatibles con las relaciones esenciales que os unen al mundo, con las ocupaciones ajenas á la sociedad, con los enlaces indispensables con los malos? ¿Habeis considerado si puede practicarse literalmente aquel consejo del Apóstol, de vivir en el mundo, como si no estuvieseis en él? Confieso que esta práctica es muy difícil; pero, en un negocio tan importante como la salvacion, ceden todas las dificultades, implorando las gracias y los auxilios de Dios, con los cuales se vence todo mal. Debeis tener presente, hermanos míos, que la santificacion es muy posible en el mundo. En efecto, se han visto en su mismo seno, y en aquellos felices dias de la Iglesia naciente, muchos héroes que la han edificado, y que hoy componen el reino de Jesucristo en el cielo. A pesar de la corrupcion y del escándalo, veis todos los dias que Dios se reserva muchos cristianos, que no doblan la rodilla delante del idolo del mundo. Vosotros mismos, si quereis confesarlo de buena fe, experimentais que la virtud, aunque tan oprimida y desacreditada por los malos, tiene sus encantos y atractivos. ¿Qué os falta pues, hermanos míos, para que se obre vuestra salvacion en medio del mundo? Tomar precauciones que os pongan fuera del alcance de sus tiros. Entónces, si presenta escándalos, sabreis evitarlos; si vende y propaga sus máximas, sabreis conocerlas y huirlas; si ofrece encantos y placeres, sabreis detestarlos y despreciarlos.

2. Evitad, pues, en primer lugar, los escándalos del mundo: nunca os junteis sin necesidad con los enemigos de vuestro Dios, ni oigais sus discursos, ni converseis con ellos, ni cooperéis á sus injusticias, ni veais los objetos seductores que os ofrezcan á la vista. Escoged amigos virtuosos, á quienes podais ver sin peligro: no traiteis sinó co

aquellos; cuyos ejemplos pueden conducirnos al amor del bien; y si esta elección no os defiende enteramente de los escándalos, á lo ménos los hará ménos frecuentes y peligrosos. Digo ménos frecuentes, porque prometeros que con todas estas precauciones, con la debida vigilancia y con los mayores esfuerzos conseguireis evitar todos los escándalos, seria prometeros más que Jesucristo mismo ha prometido. Necesario es que haya escándalos, dice; pero distinguid con todo cuidado, hermanos míos, entre las tentaciones de la vida, las que la corrupcion universal hace inevitables, de las que la indiscrecion hace peligrosas. Hay, por decirlo así, escándalos de estado y de condicion; pero Dios, para resistirlos, comunmente no rehusa estas gracias especiales, que se llaman gracias de estado. Si Satanás nos sigue por todas partes y asalta nuestra flaqueza, Dios tambien nos sigue para auxiliarnos y defendernos; y Jesucristo, que ha vencido al mundo, vela con nosotros y nos proporciona los triunfos. Un cristiano cuerdo nunca confia en sus propias fuerzas: procura vivir en el mundo en un santo temor, y sabe escoger el retiro en tiempo oportuno. Su valor consiste principalmente en la fuga. ¿Qué importa que se huya, segun la bella expresion de san Jerónimo, con tal que se triunfe?

Las máximas del mundo son el segundo escollo, contra el cual debe estar muy fortalecido el cristiano. El mundo tiene sus leyes: si el Evangelio le describe las obligaciones que le impone la ley de Dios, para formar un corazon recto y puro, el mundo tambien proclama su moral á sus adoradores. El Evangelio, por ejemplo, preconiza la mortificacion, y el mundo la desprecia; Jesucristo condena la venganza, y el mundo la autoriza. La humildad en el Evangelio es la base y el fundamento de las virtudes cristianas; pero en el mundo es la señal característica de un espíritu débil. La pobreza, que segun Jesucristo, es la gloria del cristiano, es un oprobio en el mundo. Sé muy bien que el mundo, aunque tan corrompido, tiene ciertos puntos en su moral, que parece se asemejan á la de Jesucristo. Se detestan los grandes excesos y desórdenes, y se elogian las acciones de humanidad y de generosidad. Pero ¿cuál es la virtud que se admira en el mundo, cuál la que se preconiza? Una virtud de capricho y de temperamento. ¿Cuál es la probidad que se incienza? una probidad toda humana, que nunca se excede de ciertos limites, y que sacrifica la equidad á sus intereses propios. ¿Cuál es la piedad que se respeta? una piedad hipócrita que, con tal que se atraiga la atencion de los hombres, se cuida muy poco de agradar á Dios, y que muy cuidadosa de limpiar por defuera la copa, deja que por dentro mantenga toda la inmundicia. No es esta, nó, la virtud de un cristiano: tan perniciosas máximas

deben alejarse á mucha distancia de su corazon; y si quiere cumplir exactamente con las obligaciones de su estado, es necesario que tenga para con Dios esa fidelidad, que no admite en la práctica de la ley la más pequeña mezcla de imperfeccion: debe tratar al prójimo con aquella caridad activa y generosa que todo lo tolera y lo sufre, y se ha de portar consigo mismo con tal circunspeccion y ha de vivir tan vigilante, que el demonio nunca le encuentre desprevenido. Siempre que el mundo nos quiera vender sus perniciosas máximas, comparémoslas con los preceptos de la ley de Dios, y por este medio hallaremos la contradiccion y sabremos rechazarlas. Por ejemplo, tenemos un enemigo que nos ha ofendido, que nos ha hecho un agravio público, que ha faltado al reconocimiento que nos debe, que nos desacredita y denigra por todas partes; ¿qué nos dice el mundo en este caso? Que se le ha de tratar como merece su conducta; que la ingratitud se paga con el desprecio; que las inyectivas y las injurias se rechazan con otras; que olvidar el crimen es autorizarlo. ¿Hablais, Dios mio, de esta manera? ¿No me dice vuestro Evangelio, que el perdón de mis pecados tendrá por base el perdón de mis enemigos; que tengo en mi mano la medida de que os servireis para juzgarme? ¿Oh, qué diferente, Señor, es la ley del mundo de la vuestra!

Tenemos un comercio, un cargo, un empleo; ¿qué nos dice el mundo? Que con una conciencia demasiado delicada y escrupulosa es muy difícil sacar ventajas y adelantar en los negocios; que hay ciertas rapiñas, exacciones y fraudes que son indignas para un hombre de bien; pero que, sin embargo, en nada se opone á los sentimientos de honor alguna tal cual condescendencia en la magistratura, cierta compensacion en el manejo de los negocios, y el dar un poco de colorido á las ganancias excesivas del comercio. Pero, Señor, ¿no nos dice vuestra ley, que cuando se trata del bien del prójimo, debemos dar á cada uno lo que le pertenece; que no nos deslumbremos con el resplandor y el atractivo de los bienes visibles; que no es justo vender la verdad y la justicia por un vil y despreciable interes? ¿Oh, qué contradiccion entre las leyes del mundo y vuestros preceptos!

Restan pues los placeres y los entretenimientos del mundo, que hacen el tercero y más temible de los escollos. Ya sabeis, que la vida del cristiano es del todo incompatible con la disipacion; que debe ser muy mirado en la eleccion y uso de las diversiones, y que solo le son permitidas las inocentes y necesarias para renovar las fuerzas en el trabajo, autorizadas por el uso y por los hombres de juicio, y no prohibidas por la Religion. No son éstas de las que voy á hablar, ni de las otras que evidentemente debe huir todo cristiano. Hay algunas,

que, por más que parezca no pertenecen á la clase de las últimas, excitan toda nuestra indignacion, cuales son esas conversaciones en que no se respeta ni considera el pudor, ni la verdad, ni la caridad; esas visitas sospechosas y peligrosas, que solo sirven para fomentar las pasiones y estrechar los lazos más finestros; esos juegos excesivos donde, además de perderse el tiempo, se arruinan las familias y se ofende á Dios con palabras indecentes, con juramentos, con la perfidia, las trampas y las frecuentes quimeras; esas lecturas emponzoñadas, cuya sal consiste en dar colores agradables á los vicios más odiosos; esos paseos tumultuosos, donde con tanta satisfaccion se hace gala de los trajes deshonestos, de las miradas y acciones atractivas y seductoras; esas tertulias y asambleas, que con justicia pueden llamarse escuelas de libertinaje, donde las jóvenes aprenden á traspasar todos los límites de la modestia; esas mesas suntuosas y sensuales, donde embriagados los hombres con las bebidas fuertes y delicadas, pierden su razon y se embruteen, haciendo gala de verse en este infeliz estado; esos espectáculos encantadores, en donde toma el demonio el tono y el ascediente de maestro, donde los concurrentes escuchan como esclavos y pierden la inocencia de las costumbres. Cristianos, huid de semejantes placeres, y será en alguna manera invulnerable la fragilidad de vuestra naturaleza. Dios es bueno, dice el Apóstol; y si su justicia permite las tentaciones, tambien su misericordia vela sobre nosotros, para que no sean superiores á nuestras fuerzas. No importa que esteis rodeados del mundo: implorad los auxilios del Señor, y encontrareis en vuestra fe armas poderosas contra el mundo mismo.

Acabará, hermanos míos, esta instruccion con las palabras de uno de los salmos de David. Jamás hubo hombre que, á pesar de vivir en medio del mundo y rodeado de sus pompas y grandeza, estuviere más vigilante ni detestase más sus máximas. Escuchad como se explica este rey, y entrad, si es posible, en sus sentimientos. Dios mio, decia, he visto pecadores que nunca tenian sinó designios de iniquidad; pero yo nunca entré en sus juntas, y bastaba para mí que una accion fuese señalada con el carácter de la injusticia, para que la huysese y detestase. El mundo para seducirme mejor, me mostraba pecadores en todos los estados y condiciones. Yo veía que se vanagloriaban de traspasar las leyes más santas, ó por mejor decir, que no conocian ninguno de los preceptos de la ley de su Dios; pero, aborrecí de muerte á estos impíos. Encontré corazones corrompidos, hasta el extremo de hacer consistir su felicidad en la desgracia y la miseria de sus hermanos; pero nunca fueron estos mis confidentes y amigos. He visto muchos

que solo estudiaban cómo manchar la virtud más pura; pero no traté con estos malignos. Mas de una vez se escandalizaron mis oídos de sus odiosas calumnias; vi cómo se aprovechaban de la ausencia de sus hermanos para desacreditarlos y perderlos; pero, esta era la ocasion en que se arrebatava mi celo, y lleno de horror contra una conducta tan indigna y cobarde, les hacia sentir todo el peso de mi cólera ó indignacion. En fin, he visto á muchos que, como si tuviesen algun derecho á la adoracion y homenajes del mundo entero, se creian superiores á los puestos y dignidades que ocupaban; y á otros que, como si hubiesen de ser eternos en la tierra, amontonaban sin cesar riquezas que no saciaban su corazon; pero, despreciando á los unos por soberbios y á los otros por avaros, nunca les dispense el honor de sentarlos á mi mesa.

De esta manera se explicaba, hermanos míos, el Profeta. Ojalá que vosotros formeis las mismas resoluciones, para que desprendidos del mundo y sus escándalos, goceis en el tiempo y en la eternidad de una paz que no conoce el mundo, y que os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu santo. Así sea.

MUNDO.

(SU VANIDAD.)

II.

Veo mundo!...
¡Desgraciado mundo!
 (MATH. XVIII, 7.)

Hermanos míos, vamos á tratar del mundo, con el fin de desviar vuestros corazones de él y llevarlos hácia Dios.

«¡Desgracia, maldicion á este mundo!» Esta palabra, sin duda, os parecerá extraña en boca del Salvador del mundo, y tal vez preguntareis: «Pues qué? ¿cáso vino Dios á maldecirnos? Pues bien, hermanos míos; jamás Jesucristo ha amado al mundo, siempre lo ha re-

probado, y ni aún en la hora de su muerte quedó reconciliado con él. No ruego por él, dijo: *Non pro mundo rogo*. Será, pues, un trabajo útil para la salvación y para la gloria de Dios rebelarnos aquí contra el mundo, puesto que tanto mal hace á nuestras almas, á quienes Dios ha querido rescatar con el precio de su sangre. Es, por decirlo así, una acusación la que vengo á hacer contra el mundo, una requisitoria en forma; quiero hacerlo condenar en vuestros corazones, para que jamás sus vanidades puedan tener influencia sobre vosotros, y arrostraros á vuestra desgraciada perdición.

Hoy, únicamente os hablaré de su vanidad, para hacéroslo despreciar. Es necesario condenarle absolutamente, y maldecirle como lo maldijo el Salvador: *Vae mundo!* Esta es la sentencia, está escrita de antemano; pero, es necesario que esté bien fundada en nuestro corazón. A este fin voy á demostraros, que nada hay más vano que este mundo, ni nada más vano que los mundanos. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

4. Desde luego, nada hay más vano que este mundo con todas sus apariencias. El mundo, según se halla definido en las divinas Escrituras, es el orgullo de la vida ó la ambición de la gloria; es el amor de las riquezas de la tierra, del honor y del dinero; es el espíritu de los placeres y de los deleites pasajeros. Ved el mundo. Pues bien; nada hay de más vano, es decir, nada de más pequeño, de más mezquino, de más frívolo, que todo eso; nada que pase más pronto, nada que ménos pueda llenar el abismo de nuestro corazón. ¿Qué es pues, hermanos míos, para analizar este mundo en sí mismo, y en seguida con relacion á nosotros?

¿Qué es pues este mundo en sí mismo? La gloria; y ¿qué es la gloria? decidme. Un sonido vano, un eco de palabras humanas, un nombre repetido por algunas personas, cierto brillo de fama, que se oye al nombre antes de ir á pudrirse en la tumba. Notad estas expresiones de que me sirvo; son santas y sacadas de las divinas Escrituras. El nombre va á pudrirse en la tumba; nada quedará de él, nada más que podre. Yo no hubiera hablado así; pero, cuando Dios se ha servido de una expresión tan energética, no debéis lastimaros de oírnela decir aquí de su parte. ¿Qué es pues la gloria? Veamos: una estatua que se estaña bajo todas formas, una hoja sutil de metal amarillo ó blanco, de oro ó de plata; brilla; pero, á la menor intemperie, á un soplo del viento, ese vano resplandor desaparece, y no veis ya más que un pedazo de madera informe y horrible. Ved lo que es la gloria pasajera: un vano brillo exterior que nada dá, que nada añade. Se

os dice que sois grandes; esto no añade ni una línea á vuestra talla. Se os dice que sois buenos; esto no os dá ni la sombra de la más pequeña virtud que no tenéis. Se dice que sois valientes; esto nada impide el que tal vez tengais miedo. Nada de real, nada de positivo en esta primera vanidad.

Vanidad de la riqueza en sí. ¿Qué es lo que constituye la riqueza? ¿No es poseer oro ó plata, ó bien tierras, ó bien piedras que, sobrepuestas unas sobre otras, forman las casas?... Ved lo que es ser rico. ¿Poseer oro y plata! Pero ¿qué es esto? ¿Qué es el oro y la plata que va á buscarse en las entrañas de la tierra? Ciertamente se aprecia mucho el oro y la plata, y si se nos dice que lo hay allá muy léjos, atravesamos con velocidad los mares, y se corre y se disputa por ese polvo que se encuentra en la superficie de la tierra, se cava con avidéz... se mira, se mata sobre el sitio donde se encuentra, para tener un poco más de ese polvo amarillo, que va á purificarse en el fuego de esa sucia escoria de la tierra. Cuando esté purificado, lo dareis la efigie, ¿de quién? Yo veo la efigie de los más grandes malvados sobre las medallas más antiguas, y los hombres las compran y quisieran introducirlas en su corazón. ¡Ah! el buen alimento, ¡el oro! Pero ¿qué es esto que vuestra alma aprecia sobre todo! ¿Es que haya entrado una lentejuela de oro en vuestra inteligencia, un poco de oro en vuestro corazón? No: nada hay más vano, nada más pequeño, nada más mezquino, nada ménos conforme á vuestro ser; nada ménos proporcionado á vuestra elevada inteligencia y á las inmensas necesidades de vuestro corazón. Es un alimento de muerte. Ved ahí en lo que consiste ser rico: tener un poco de oro, una poca plata, ó, si queréis, mucho oro y mucha plata, piedras, heno para los animales, praderas, bosques, para tener despues ceniza. Ved el resultado. Luego esto, hermanos míos, ¿qué otra cosa es sino vanidad?

Y esos placeres y los placeres del mundo, ¿hay alguna cosa de más vano en sí? Teneis conciertos, fiestas y espectáculos. So va á pagar el placer de llorar por dolores simulados, cuando hay dolores tan reales, desgracias tan verdaderas. ¿Vais á buscar el dolor en el teatro? ¡Ah, hermanos míos, que vanidad en sí misma! Nada hay más pequeño. No nombraré los placeres más groseros de la mesa, que nos asemejan á los animales; placeres todavía más indignos de nuestra angélica naturaleza; que pasan y no dejan en el corazón más que la vergüenza, el dolor y los remordimientos. Nada más vano que todos los placeres que penetran en el corazón. Ved los rios, dice el profeta, se precipitan en los mares; siempre, sin cesar, llevan el tributo de sus aguas al vasto depósito de los mares, y jamás se ha visto elevarse el

nivel del Océano. Las aguas llegan, se derraman en ese depósito, y ese inmenso, ese profundo depósito, no sale jamás de su nivel. Pues bien; haced entrar en el corazón del hombre todas las olas de esas vanidades mundanas. Aquí el oro y la plata, allá el río de las ambiciones y de las glorias, en otra parte el torrente impetuoso de los placeres: todas esas aguas se derraman en el abismo, y el abismo no se llenará, la mar no estará satisfecha, las aguas no subirán; y sobre esas aguas diviso una mano ávida que quiere apoderarse de otro alimento, de otra comida más sustanciosa, más positiva; y una voz que domina la tormenta de las aguas y las tempestades del corazón grita: Dadme otro alimento, dadme otros bienes, dadme alguna cosa que llene por fin mi corazón. ¡Vanidad de vanidades!

Ved lo que es el mundo *en sí*. Veamos lo que es con relación a nosotros. Porque Dios nos ha criado grandes, hemos conservado alguna cosa de esa grandeza primitiva que el Señor ha dejado caer sobre nosotros. Nuestro corazón exhala, por decirlo así, el aliento de Dios que nosotros hemos recibido, y dirigimos hacia el cielo parte de ese hábito inmortal y divino, inspirado por alguna cosa de inmortal y eterna. Y cuando queremos deprimir nuestra alma, cuando queremos violentar ese movimiento sublime que la lleva hacia las cosas santas, ahogado que es el sentimiento de nuestra grandeza y de nuestra dignidad, todavía aspira á desarrollarse; y es una desgracia infinita que vuelve al corazón inquieto, agitado, sin que jamás nosotros le dejemos encontrar un instante de descanso ni de paz. Nuestras inteligencias se elevan por el pensamiento mucho más allá de los astros. Esta tierra es bien pequeña, y nosotros no somos en la superficie de esta tierra más que un punto imperceptible; y, sin embargo, hay en nosotros alguna cosa tan grande, que nuestra inteligencia se eleva mucho más allá de los astros, y va á unirse en el seno de Dios en su gloria, y nuestro corazón aspira á desearla y á poseerla. Luego, no hay aquí bajo, no hay en la tierra nada que pueda realizar jamás esta idea, saciar esa inmensa necesidad que tenemos de admirar, de desear, de abrazar un bien infinito. Es necesario elevarnos y unirnos á Dios.

Vanidad del mundo es el primer pensamiento; vanidad de los mundanos es el segundo.

2. Aquí, hermanos míos, ya tendremos alguna cosa de ejecutivo para la práctica. Vanidad de los mundanos. Se trata de probaros, que no hay nada más pequeño ni más inútil que la vida de los mundanos. En general, en el mundo se pierde el tiempo y llegará el día de la muerte sin tener nada en las manos, y nos presentaremos ante los ojos

de Dios como pobres vergonzantes. Nada se hace, nada, en el curso de una carrera todavía bastante larga.

Comencemos por establecer principios de filosofía y verdadera teología. La consecuencia se deducirá naturalmente para nuestra vergüenza y nuestra confusión, pero también para la reforma de nuestra vida. Ved los principios esenciales. Primer principio: la vida está en la acción; nada hay más inmóvil que la muerte. Segundo principio: la acción de un sér razonable debe tener un fin. Si este fin ha de marchar por un camino recto, es necesario que tenga una regla, y esta regla debe ser el mismo Dios. Si nos dirigimos á Dios como autor de la naturaleza, hasta seguir la doble ley que él mismo ha trazado y escrito con su mano: la ley interior es nuestra conciencia, la ley escrita en el precepto del Señor. Si no haceis nada que sea contrario á esa doble ley, si marchais siempre por el camino que está iluminado por esa doble luz, os dirigireis hacia Dios *en la razón*; pero, si os elevais todavía más allá, si aspirais á él como término de vuestra carrera, como fin de todos vuestros deseos, á la gloria de vuestra alma, ¡oh! entónces vuestra acción se sublima y llega á hacerse sobrenatural. Para esto es necesario un socorro que ayude á la naturaleza, es necesaria una luz más grande, es necesaria una gracia interior más fuerte y más poderosa; y entónces os dirigireis á Dios *en la gracia*, en todo os referireis á él, y todo será hecho en su caridad y en su amor. Una vez puesta esa condicion de la tendencia permanente hacia Dios por la fé y la caridad, tendencia actual en el acto presente, y que, perseverando virtualmente en vuestro corazón, se extiende á cada una de vuestras acciones, esas acciones llegan á ser meritorias; meritorias de Dios, meritorias de la recompensa eterna, porque son hechas en las condiciones de la vida, y Dios, en su bondad, nos ha prometido, que si dirigimos hacia él todas nuestras acciones, llegará él mismo á ser nuestra mayor recompensa.

Ved los principios; ahora repetiré la proposición: nada hay más vano, nada más inútil que la vida de las personas del mundo. Muchos permanecen en la inacción, que es la pereza de la inteligencia, la muerte del corazón; y la inmovilidad del ser humano, que á nada tiende, es la inmovilidad de la muerte. Otros se agitan mucho, sus inteligencias trabajan, sus corazones se atormentan... y ¿para qué? ¿Cuál es el fin? Preguntad á todos esos hombres que se afanan, á todos aquellos que trabajan; preguntadles lo que quieren, qué desean, que se proponen, qué esperan; preguntadles el fin de sus acciones.— ¡Ah, quiero hacerme rico!—Bien, esa es la vanidad.—Yo trabajo y alimento mi corazón con la ciencia, porque aspiro á la gloria.—Vanidad

dad tambien, hermano mio.—Y yo quiero el placer, y lo busco de deleite en deleite.—¡Vanidad! ¿Dónde está Dios? ¿Dónde vuestra esperanza? No tenéis nada para vuestra eternidad, no tenéis nada para vuestra alma, no tenéis un pensamiento para vuestro Dios, no tenéis una palabra que decirle, nada que pedirle; estais en la inaccion ó fuera de la fe, y vuestra accion es nula, vana y estéril. Falta á muchos la vida, la vida de la gracia, de la caridad y del amor de Dios, condicion *sine qua non*; porque, aún cuando os agiteis, aún cuando hagais grandes cosas, con todo, no poseéis el principio de la vida, y los ángeles no escribirán una sola palabra de lo que hagais; en el libro eterno no habrá ni una sola línea.

La historia tal vez hará mención de vosotros, vuestro nombre será grande en la tierra; pero, no habrá una palabra de toda esta vida en el cielo, ni un hecho inscrito en el libro de la eternidad, porque no poseiais la vida y estabais en la muerte. Otra consecuencia es, que muchos, en lugar de elevar los actos de la vida natural al grado de supernaturalidad y de mérito para el cielo, deprimen los actos que por su naturaleza serian sobrenaturales, y los hacen descender en grado. «El fiel cristiano, dice S. Pablo, sea que coma, sea que beba ó haga otra cosa, y que refiere ó dirige todo á Dios por el pensamiento de su corazon y la tendencia de su alma, eleva sus actos á un grado superior, y los hace, de naturales que eran, sobrenaturales y aún meritorios.» Y vosotros por el contrario, deprimis los actos que por su naturaleza serian sobrenaturales y divinos, los haceis naturales, bajos y abyectos; haceis una oracion que no tiene eficacia, una limosna que caerá sobre vosotros como un acto de vanidad; haceis tal vez una pequeña mortificacion, que va á seros reprochada, porque ha engreido vuestro corazon de esperanza; os acercais á los sacramentos para buscaros tal vez á vosotros mismos, y no á vuestro Dios. Malgastais vuestro tiempo, y de toda esta vida no hay una palabra que pueda inscribirse en el libro de la vida; y despues de años y años, será preciso reducir toda esa carrera á una sola palabra: *Scribe vitrum istum sterilem!* Eseribid; ¡Hé aqui toda la vida de este hombre; es un hombre estéril! — ¡Cómo! ¿no ha hecho nada? Pero ha amontonado tesoros, ha mandado ejércitos, ha conseguido victorias, y las academias han inscrito su nombre. Eseribid: Toda la vida de este hombre se resume en una palabra: es estéril, no ha hecho nada. Sola la vanidad ha llenado todos los pensamientos, todos los deseos, todas las esperanzas de su vida. Esterilidad, impotencia, nada en todo el curso de su vida. Hay niños de cien años, dice la Escritura. Ha vivido largo tiempo, ha sostenido una carrera entre los hombres. Es-

cribid: Es un niño. No ha vivido tal vez más que los dos ó tres últimos dias de su vida: y en el principio, el dia de su primera comunión. Despues ha olvidado á su Dios, ha hecho cosas maravillosas para el mundo, pero todo llevaba el sello de la esterilidad. Hay muchos que en un solo dia recorren una inmensa carrera. Estanislao murió á la edad de diez y seis años, Casimiro á los veinte y dos; Gonzaga á los veinte y cuatro.

Este es el modo de contar en la eternidad; no es lo mismo que en la tierra. Nosotros contamos nuestros dias y nuestros años por la revolucion de los astros; pero, no es así como se computa en el cielo: por los movimientos del corazon, por el movimiento de la vida, es por la accion del alma. Y ¿qué importan las revoluciones de los astros? No es eso lo que ocupa el pensamiento de Dios. Lo que los ángeles examinan, lo que los ángeles inscriben en los anales de la eternidad son los movimientos de vuestro corazon cuando decis: «¡Dios mio! os amo;» cuando dais un poco de vuestro oro á los pobres de Dios, cuando os interesais y aliviáis la desgracia de los huérfanos y de los desamparados. Y aún cuando el hombre haya derramado torrentes de sangre y haya merecido por lo mismo en la tierra el título de conquistador, no tendrá una sola palabra escrita en el libro que los ángeles tienen en la mano: aquel que haya dado un vaso de agua al pobre tendrá su recompensa eterna, y esa recompensa será el mismo Dios, que ocupará su corazon, llenándole de inefables delicias. Tal es, hermanos míos, la verdad, la verdad de la fe. Pues bien; ahora, aquí, en presencia de Dios os pregunto: ¿Qué edad tenéis despues de este cálculo? ¿Qué habeis hecho? Remontaos un poco, y repasad conmigo la historia de vuestra vida cristiana, los años, los dias y las horas. ¿Qué habeis hecho para con Dios? ¡Ah! haced alguna cosa por vuestra alma, por vuestra eternidad, y seréis verdaderamente dichosos, trabajando en el órden y en la verdad; desde este momento seréis dichosos con vuestra esperanza, y un dia tendreis vuestra recompensa, es decir, al mismo Dios, que se manifestará á vosotros en las delicias de la eternidad. Así sea.

MUNDO.

(SU FALSEDAD.)

III.

Amat et facit mendacum.
Ama la mentira, y no cesa de mentir.
(APOC. XXII, 15.)

No puede ménos de reconocerse, hermanos míos, que hay en el mundo algo deslumbrador, algo seductor en sus vanidades y atractivo en sus placeres. Negarlo sería probar, que no se le conoce bastante para despreciarlo. Hay ciertamente algo de hermoso y seductor en el mundo y sus fiestas, algo de delicioso en sus glorias, algo de arrebatador en sus espectáculos. Pero todo ello es falso, todo mentira; engaña nuestros corazones, sumiéndonos en el error, y nos dá el mismo alimento de la mentira, segun la expresion de las divinas Escrituras; y hay entre vosotros muchos que han gustado ese fruto del error, ese engañoso y pérfido alimento de las vanidades mundanas.

Vengo, hermanos míos, á continuar el curso de nuestras acusaciones contra el mundo. Se trata de transmitir á vuestro corazon un poco del desden con que yo siempre lo he mirado y del odio que le he jurado, porque es el enemigo de vuestras almas y el enemigo de la gloria de Dios. El mundo es mentiroso: lo sostengo y voy á probarlo. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

4. Todo es falso en el mundo. Falsas sus máximas, falsas sus promesas, falsas sus virtudes.

Todo él, hermanos míos, no es más que una absoluta oposicion con el Evangelio, que es el libro de la verdad. Hay en él oposicion y contradiccion manifiesta. Voy á citar algunas palabras de la revelacion; vosotros recordareis al mismo tiempo las máximas del mundo en oposicion con estas sentencias divinas. Es imposible dejar de repetir: *Beati pauperes* (Luc. vi, 20): Bienaventurados los pobres. Esta no es una sentencia mundana. Jamás habeis oido decir en la sociedad:

«¡Oh, qué feliz es; es pobre, no tiene pan!» Jamás se ha dicho ante vosotros con el sentimiento de la verdad: «¡Qué feliz es ese hombre; es pobre, ha perdido toda su fortuna!» En todas partes habeis oido decir lo contrario, y yo tambien, excepto en el Evangelio: Bienaventurados los que lloran: *Beati qui lugent* (MATT. v, 3). No es este el lenguaje con que se expresa el mundo. Al contrario, se dice y se repite: «¡Ah! cuán feliz es esa persona! si la hubieseis visto! ¡Cuán feliz es su madre....! ¡Qué dichoso es ese hombre; su nombre se ha hecho célebre!» Ved el lenguaje del mundo, en oposicion con el lenguaje de la verdad. Bienaventurados los mansos, bienaventurados los que perdonan; *Beati mites, beati misericordes* (MATT. v, 4 et 7). Jamás se ha dicho esto en el mundo: «Hay injurias que no pueden lavarse sino con sangre del enemigo.» El mundo dice: «Haced ricos, prosperad, poseed, conservad el bien, aumentad la propiedad; si llegais á conseguir esto, estareis contentos.» El Evangelio, por el contrario, nos dice: «No ameis las cosas del mundo: la muerte se aproxima.»

Sería, hermanos míos, un trabajo muy fácil é interesante para la piedad, seguir esas contradicciones entre el lenguaje del mundo y la palabra de la verdad. Pero es una cosa probada, y vosotros lo conocéis, que el mundo está lleno de falsas máximas, de engañosos axiomas, de mentiras que circulan por todas partes, y de las que desgraciadamente los amigos del siglo alimentan sus corazones; de modo que se habitúan á ese alimento emponzoñado que constituye todo su ser. Estoy seguro de que os admirareis de encontrar aqui una contradiccion manifiesta; y si quisierais proseguir, todavía quedaríais más sorprendidos.

No solo son falsas sus máximas, sino sus promesas: el mundo no dá lo que promete. Muchas veces promete lo que no puede dar; y aún cuando nos diese todo lo que nos promete, todavía seríamos víctimas de su engaño. Promete lo que no puede darnos: promete la paz y la felicidad; pero, no teniendo la paz, mal puede dar la felicidad. ¡Hay tantos á quienes ha prometido la paz, la felicidad y la alegría, y cuyas almas han estado adormecidas con vanas esperanzas, que, al fin, han llegado á convertirse en ilusiones crueles y fatales decepciones! ¡Qué promesas tan magníficas no se os han hecho en el día de vuestro matrimonio! ¡Todo el mundo derramaba flores en vuestro alrededor! ¡Y hay tan pocos, sin embargo, en cuyo interior reine la paz, la alegría y una felicidad perfecta! Nadie en el mundo puede saberlo mejor que el sacerdote, porque á él es á quien se confia el secreto de las penalidades más íntimas y las lágrimas ocultas... Y no obstante,

todo el mundo envidia la felicidad de esa jóven, de esa madre de familia, que durante el silencio de la noche devora sus amargos pesares: se le habian hecho magnificas promesas, y ha sido engañada por el mundo. Hay otro á quien se habia prometido la gloria desde el momento que entrase en la carrera de las armas; y ¡son tan pocos los que llegan á conseguir el ramo de laurel, y tantos los que encuentran la muerte ántes que sus nombres hayan sido inscritos...! ¡Hay tantos cuyo nombre ni aún siquiera ha sido inscrito en su sangre, despues de haberla derramado con tanto valor y heroísmo! ¡Ah! cuán grande es la perfidia del mundo en sus promesas! no puede dar lo que promete; no tiene paz ni felicidad, no tiene otra cosa que lo que dá.

Pero, yo supongo que os dé todo cuanto os haya prometido, y todavía diré que es un mentiroso, porque son bienes falsos, placeres falsos, glorias falsas, riquezas falsas. Todo es falso. ¿Habeis conseguido la gloria? Pues bien, la gloria del mundo es falsa. ¿Cuál es su fundamento? ¿Sobre qué descansa? Es injusta; glorifica alguna vez, es decir, que repite en alta voz el nombre de algunas personas; y ¿qué es la gloria que se une á este nombre? Futilidad, frivolidad. El nombre de un tirano será tal vez más famoso y más célebre que el del más severo legislador. Se conserva el nombre del que incendió el célebre templo de la antigüedad, y se ignora, y jamás podrá saberse, el del arquitecto que trazó el plan de aquel templo.

Lo mismo sucede con las riquezas. ¡Cuán falsas son! No siempre es oro todo lo que reluce, al ménos en el mueblaje, ni aún en el adorno de las damas. Hay rubies y diamantes falsos; id á comprarlos, y estareis muy contentos por tener un adorno bien digno de los mundanos. ¡Oh! no es por burlarme, hermanos míos, es que tengo lástima, que tengo compasion de esas debilidades; tengo compasion de ver que os alimentais de la mentira. Del mismo modo os engañais en todos los demás bienes. Vuestros placeres; ¡oh! sin duda ese mágico licor de que habeis creído embriagaros, se cambia en vuestro corazon en un veneno mortal. Habeis cogido con afán esa flor, y la espina cruel os ha desgarrado las manos. Habeis querido el placer, y habeis encontrado la pena y sentido la amargura de los remordimientos. Así sucede con todos los placeres del mundo. El mundo os ha engañado: corona de flores el vaso que contiene la muerte, poniendo un poco de miel en el borde de la copa que presenta á sus hijos para engañarlos.

Tambien son falsas sus virtudes. Lo son en su principio y en su naturaleza. En efecto, el principio no es Dios; es el hombre que se busca á sí mismo, que se manifiesta, y bien pronto se ve la debilidad de su corazon. ¡Ah, hermanos míos! hay en el mundo magnificas

ruinas de virtudes mundanas. Yo he visto soberbias ruinas. Algun día esas virtudes, que no descansan sobre la sólida base de la fe y de la religion, serán desmanteladas, desvanecidas, y el hombre que era reputado probo, será condenado, porque el principio de esa probidad no estaba en la fe, no era más que una máscara. La virtud sólida é indestructible está firme como la piedra sobre que descansa el edificio de la Iglesia. Por todas partes vereis ruinas de virtudes mundanas, si quereis tender la vista á vuestro alrededor; esas virtudes no son verdaderas como las virtudes fieles, cristianas; son falsas en su accion, y es necesario hasta cambiarles el nombre, porque su naturaleza no es la misma. La dulce caridad de los cristianos se llamará beneficencia; la humanidad, filantropía. ¡Ved una palabra muy armoniosa, en lugar de la dulce caridad! ¡Y los efectos de esa filantropía?... Dará unas sopas económicas; mientras que la caridad llega hasta dar la sangre de su corazon para alimentar á su hermano. Hijos de los hombres, ¿por qué amais la mentira? ¿Por qué buscáis la vanidad? Teneis la verdad, la virtud, la verdad de la palabra, la verdad de la promesa divina. Estos son bienes inmutables, eternos, que os están asegurados; y vais á alimentaros del engañoso y pérfido fruto del mundo; apreciáis el fruto de la mentira, y habeis comido de él. ¡Desgraciado mundo, que tan pérfido y engañoso eres!

2. He llegado á la segunda proposicion, y voy á probaros, que todos los mundanos son mentirosos. El mundano ama la mentira. El mundo, hermanos míos, lo comparo á esas brillantes reuniones, que vemos formarse alguna vez en el seno mismo del mundo, á quien yo ataco, el día de sus más grandes locuras y de sus más inconcebibles vanidades. ¿Qué sucede allí? Una inmensa multitud se reune, y nadie se conoce, porque todo el mundo se oculta con cuidado bajo un extraño disfraz, bajo una máscara que no permite ver rasgo ninguno de facciones, y se finge hasta el sonido de la voz. Creéis hablar á un intrépido guerrero porque lleva el casco, y tal vez sea una dama tímida, que se oculta bajo ese traje, que no ha sido hecho para ella. Pero, al ménos, allí todo el mundo está alerta, se sabe que todo es disfraz, todo máscara, todo mentira. Seria en extremo ridiculo llegar á depositar su confianza en alguno, y ni aún decir su nombre; todo se oculta, todo se disimula; es la mentira pública, aprobada, anunciada por las calles: «Tal día y á tal hora todo el mundo vendrá disfrazado; venid á mentir, venid...» ¡Ah! tal es, hermanos míos, la imagen del mundo, de quien acabo de hablaros. En las sociedades mundanas encontrareis tambien la mentira, con la diferencia, de que en éstas no estareis advertidos y sereis engañados como niños.

Hay mentiras de hábito, mentiras de política, mentiras de sentimiento y mentiras de religion. Las mentiras de hábito son las pequeñas mentiras del mundo, que casi no pueden llamarse ya mentiras: tan hecho y acostumbrado está uno á ellas. Tales son cuando uno se engaña sobre su edad, sobre su color. Sobre su edad: hay muchos que la disminuyen, y rara vez la aumentan; ¿me engaño, señoras mías? Casi nunca se dice la verdad ni se espera oír la; esta es una mentira de hábito. Se miente sobre el color; ¿no se me ha aconsejado que me tiñese el cabello? Esta mentira es ciertamente bien inocente, lo mismo que todas las demás mentiras en los afeites físicos. Si, hermanos míos, este detalle nos humillará; pero es bueno conocer al mundo en sus pequeñas mentiras. Lo mismo sucede con la fortuna: ¿cuánto fingimiento, cuánto artificio para ostentar esa fortuna! Ved detrás de esos coches dos ó tres domésticos, y tal vez no haya más para cuidar la casa, pudiendo suponer que, cuando ménos, ha de haber diez.... Lo mismo sucede con otros usos del mundo. Esto está recibido, y tal es la costumbre. No os cito otras muchas mentiras, en las cuales pensareis en este momento. Mentira de política, que llega hasta de cambiar el significado de las palabras. Así se dirá: «Ese libro es divertido.» No es esta la verdadera expresion; la palabra más propia sería la de peligroso. «Ese hombre es infinitamente amable.» Nó, no es esa la palabra que le conviene; cambiad el estilo y decid: «Es un hombre cuya conversacion es algunas veces más que ligera.» Y á esa persona cuyo nombre se cita, y cuyos extravíos sin duda valdría más ocultar, se le dirá solamente que ha sido un poco ligera. No es esta la palabra; el Evangelio hubiera dicho: «Una mujer culpable; y, tal vez, más.

Se aparenta alguna vez una virtud que no existe. ¡Ah! debo decirlo para que esteis prevenidos contra esas imposturas, que se encuentran con bastante frecuencia en el mundo. Así, por ejemplo, un jóven llegará al pie de los altares, permanecerá allí como un ángel, y ni aún siquiera volverá los ojos hácia el lado donde sabe se encuentra la madre de la jóven cuya mano desea obtener; permanecerá inmóvil y se atraerá las miradas de la madre; y ella, imprudente, va tal vez á consumir la desgracia de su hija, entregándola á una virtud que no ha sido experimentada.

Se engaña en los negocios. Ya no hay probidad, se dice; un hijo engañará á su padre, y los hermanos se engañarán entre sí. No hay en ellos más que mentira comercial: el que vende, va á mentir; y el que compra, responde con una mentira.

Mentira política. A cada instante oculta uno su color ó lo cambia

á su placer. «¿Qué es la diplomacia?» se preguntó á un gran ministro del Norte, y su respuesta fué bien sincera: «Es el arte de mentir.» Pues bien; otro que todavía era más hábil, definió mejor la política diciendo: «No es eso; el medio de engañar es, decir siempre la verdad, porque nunca se os creerá.» Es decir, que mienten á cual más puede mentir, y que no hay otra cosa que esto en el mundo.

Algunas palabras todavía sobre las mentiras de costumbre. Figúraos la sociedad mundana, hermosa, brillante en una de sus reuniones nocturnas. Allí se habla en todos los círculos... Pero ved que un nombre viene á ser lanzado como por casualidad; ha sido oído por todo el salon, y todo el mundo habla á porfía de la persona nombrada: se la alaba ó vitupera, se critica su traje, su manera de hablar, de obrar, su tono ridiculo y anticuado; y luego se viene á las cualidades ó defectos del espíritu, se llega hasta descender al corazon; y bien pronto el lenguaje toma la forma de la maledicencia y todo el veneno de la calumnia. Mientras el mundo habla así, ved á un criado que entra y anuncia á una persona, y es precisamente aquella de quien se estaba hablando. Mirad como todas las figuras cambian; observad un poco y escuchad: «¡Oh señora, qué felicidad la de volveros á ver! ¡Hace tanto tiempo que no teníamos este placer!—No hace un instante, dice alguno con maliciosa sonrisa, que hablábamos de V.» Y esa señora satisface su corazon y está contenta; ¡excita un interés tan tierno! Se marcha, y ved que cada uno comienza á reír: «¿Habeis visto—cuán satisfecha estaba? Se lo ha creído todo...» Pues bien; ¿habeis oído á los mentirosos? Ved el mundo, vuestro mundo, aquel á quien vosotros amais. Ved lo que haceis y ved como se os trata. Vosotros no sabiais eso. Cuando estabais allí se os dijeron cosas maravillosas, y en vuestra ausencia se dijo mal de vosotros. Y se miente en el primer caso, se miente en el segundo y se miente siempre.

No hay más que mentira en el mundo; luego ¿por qué le amais? No trateis de complacerle, no estiméis sus mentiras, no os alimentéis de sus imposturas: amad la verdad, á Dios, que es la verdad misma. ¡Ah! sabedlo, hermanos míos; en la verdad no hay amargura, no hay pesar; y yo digo con sentimiento: «Despreciad el mundo;» y quisiera haceroslo despreciar, quisiera que elevaseis vuestras almas y vuestros pensamientos al cielo; que no fueseis víctimas del mundo; que no le dieseis vuestras esperanzas; que no le consagrais todos vuestros años. Es un cruel, es un pérfido y jamás podrá alimentar vuestra inteligencia ni vuestro corazon.

Concluyo suplicándoos mediteis estas palabras, y antes de salir de

esta iglesia hagais una breve oración con recogimiento, pidiendo á Dios el espíritu de verdad, el espíritu de luz que ilumine verdaderamente vuestra inteligencia, uniendo vuestros corazones á Jesucristo para siempre. Así sea.

MUNDO.

(SU TIRANÍA.)

IV.

Ne des annos tuos crudeli.
No entregues tus años á un cruel.

(PROV. V, 9.)

El mundo es insensato y loco, porque está herido en todas sus facultades. Esta sería materia de una grave y seria acusación para hacerlo condenar en un consejo de familia, en una asamblea de santos; lo cual ciertamente sería muy fácil, porque está herido en su memoria; todo lo pierde, todo lo olvida: el origen, el destino y el fin de todas las cosas; está herido en su inteligencia; y es tanto más desgraciado, cuanto que su locura es voluntaria. En fin, está herido en su corazón, hasta desconocer á su padre, á su Dios; es un insensato.

No se trata pues solamente de entregar el mundo á vuestro desprecio; es preciso que yo me esfuerce en suscitar en vuestro corazón un odio poderoso; porque el mundo es un cruel, un tirano... y un asesino, un matador de las almas que Jesucristo ha rescatado con el precio de su sangre. ¡Oh, no le ameis! no le deis vuestros preciosos años; es un tirano cruel, un perseguidor inicuo. Os lo demostraré despues de haber implorado los auxilios de la gracia. A. M.

1. Voy á entrar en detalles. No olvidéis que soy el abogado de Dios, y que quiero hacer condenar el mundo. Es un tirano. ¿Qué es un tirano? Nosotros, hermanos míos, llamamos tiranía á un poder, cualquiera que sea su origen, legítimo ó ilegítimo; un poder, digo,

que hace esclavos, que hace mártires, que hace apóstatas. Pues bien, yo pruebo que el mundo es un tirano porque hace esclavos, porque hace mártires, porque hace un gran número de apóstatas; y porque persigue á los que le pertenecen, á sus verdaderos súbditos, á sus partidarios y hasta sus más queridos favoritos, y porque persigue ó ultraja á aquellos que no le pertenecen.

En primer lugar, persigue y tiraniza á aquellos que le pertenecen. Los amigos del mundo son esclavos, son mártires, y muchas veces apóstatas. Hay tres clases de persecución: la de la moda ó de la costumbre; la de la opinión ó de los respetos humanos; la de las pasiones ó de los placeres mundanos. Vereis esclavos de la moda, vereis esclavos de la opinión, vereis esclavos de las pasiones, vereis mártires, y muchas veces vereis apóstatas.

En primer lugar, tiranía de la moda y de todos los usos tan vanos y tan ridículos del mundo. ¿Hay cosa más cruel que esa esclavitud de la moda y de todos los usos verdaderamente singulares, á los cuales estais obligados á someteros por esa triste servidumbre del mundo? ¿Hay nada más extraño que esas modas siempre antiguas y siempre nuevas? El tirano se apodera de vuestro tiempo, disipa vuestra vida entera en cuidados ridículos y miserables. Esa moda os quita vuestro tiempo y vuestro dinero; el tributo que impone ese tirano tan exigente sobre vuestra fortuna tiene algo de grave. He visto personas que ansiaban estar de luto para sustraerse á esa ley. Vuestro tiempo y vuestro dinero no es todavia bastante. No hablo aún más que de esclavitud. Voy á hablaros ahora del martirio.

Si quisiera hacer un paralelo de las torturas de los mártires con los suplicios á que están condenados los amigos de la moda, los mundanos, y sobre todo las mundanas, habria en él alguna cosa extraordinariamente admirable. Hablaria del suplicio del tocado en el que empleais horas enteras. Pintaria los instrumentos de tortura, esas camisas de hierro sobre las cuales se encadenan aún durantes las largas horas de la noche las pobres victimas del mundo, que temerian no agradar á todos á causa de un ligero desvío; se teme que todo en ellas no esté lleno de gracias. Todas vosotras, señoras mías, habeis dado algunas gotas de sangre al cruel tirano del mundo cuando se os ha obligado á llevar el anillo de vuestra servidumbre, ese anillo que se suspende en las orejas de las niñas, y tantos otros suplicios de que no hablo: el hambre, la sed, el frio, el calor... Todos los años hay algunas victimas de esas bellas reuniones de la noche, victimas de los usos del mundo, de sus modas, de sus caprichos, de su etiqueta.

Hablemos ahora de la apostasia: esta palabra tal vez, hermanos

mios, os admirará. ¡Cómo! la moda, esos usos del mundo ¿podrán arrastraros hasta desconocer á Jesucristo por nuestro Salvador, hasta apostatar de nuestra fe? Si, si, hermanos míos; muchas veces los usos del mundo arrastran á una alma débil hasta la apostasia. Todos esos discursos vanos, donde se ponderan sin cesar los placeres del mundo, donde sin cesar se exaltan las glorias frívolas del siglo, ¿no es un lenguaje contradictorio y manifiestamente opuesto á la moral de Dios? Y esas modas, esos adornos ¿no son opuestos á la santidad y á la pureza de la ley evangélica? ¿Os hubierais atrevido á seguir á Jesús adornados con vuestro vestido? Y sobre todo, cuando el velo de la modestia no cae sobre vosotros, cuando los ángeles desvian sus miradas ¿hubierais seguido á nuestro Salvador al Calvario? Las jóvenes de Sion seguian á Jesús por el rastro de su sangre y subian al Calvario. ¿Os hubierais atrevido á mezclaros entre esas jóvenes de Jerusalén con los adornos de noche, con la ostentación, y, sobre todo, con esa licencia que hoy caracteriza á las fiestas mundanas?... Nó, no os hubierais atrevido á seguirlo. Pero ¿pensais un día seguirlo en el cielo?

Segunda tiranía del mundo: la opinion, el respeto humano. ¡Ah! aquí hay tambien esclavos, y frecuentemente mártires, y muchas veces apóstatas. Hay esclavos desde luego, pero esclavos de vista humilde y servil. No tienen libertad, no digo de hablar, sino ni aún de pensar. Antes y despues de una accion están allí mirando, temblando de que se les vea. Un esclavo del respeto humano y de la opinion, si entra en la iglesia, tendrá miedo, sufrirá si hay un niño que le mire, no se atreverá á persignarse ni á ponerse de rodillas. ¡Oh! si no hay nadie en hora buena; pero si se le observa, no se atreverá.

Hay muchos que serian buenos si estuviesen solos, si el mundo les dijese: «Marchad á confesaros, que no se os observará; cerraré los ojos.» Ellos irian, y se considerarían felices con encontrar el perdón de sus pecados. ¡Tienen tanta necesidad de él! ¡Serian tan dichosos al encontrar al Dios de su primera comunión! Lo han gustado otras veces lleno de bondad y de amor... y se han detenido por la funesta expresion: «¿Qué se dirá?» Son esclavos. Vamos pues, emancipaos: porque de otro modo seréis muy pronto mártires. Si; la opinion hace mártires. Se sufre en ese estado, porque desde luego uno está como encerrado en una oscura prision; la inteligencia pierde su luz, el corazon su movimiento libre, uno está abrumado, comprimido. Pero yo he hablado del martirio de aquel á quien la opinion condena muchas veces á muerte. ¡Cuántos, en efecto, han sido víctimas de ese respeto humano! Bastará decir una palabra: el honor mundano, lo que se

llama honor, ¿no ha hecho multitud de mártires, no ha armado la mano del amigo contra su amigo, la del hermano contra el hermano? ¿No se han visto caer víctimas en sus combates singulares? En los duelos de honor, ¿no es la opinion quien hace las víctimas, quien hace los mártires?

Apostasia del respeto humano, prueba de esa persecucion cruel, de esa tiranía á muerte. ¡Oh hermanos míos, cuántos apóstatas hay! No temo decir, que el respeto humano ha sido causa de más apostasias que todos los perseguidores de la antigua Roma. Uno os habla de la fe, de la ley de Jesucristo; os callais, y quedará satisfecho. Otro día os preguntará; se establecerán en vuestra presencia máximas evidentemente contrarias á las verdades santas; seréis absolutamente de la opinion del perseguidor que ha hablado ante vosotros. Este es el modo más solemne de apostatar.

Tercera persecucion: la de las pasiones, y por consiguiente, de los placeres del mundo. Desde luego, las pasiones hacen esclavos, hacen tambien mártires y hacen apóstatas. Esclavos. Es una verdad de fe, es una verdad de razon y de experiencia, que el que comete el pecado es esclavo de su pecado. Las pasiones mandan con un imperio soberano, y es muy difícil sustraerse á la tiránica palabra de una pasion que reina en el corazon. Así, ¿cuántos han gemido bajo esa dura esclavitud! ¿cuántos han querido romper sus pesadas cadenas, y no han podido conseguir su objeto!

Las pasiones hacen mártires, devoran el corazon del que tiene la imprudencia de alimentarlas. ¡Ah, hermanos míos! hay dos suplicios para las almas entregadas á una pasion cualquiera: el suplicio del hambre y el suplicio de la espada. Suplicio del hambre: las pasiones son, por decirlo así, el vacío en el corazon, una soledad profunda; el corazon que tiene necesidad de paz y de felicidad, está vacío, y Dios amontona el hambre y acumula inmensas necesidades en el corazon ingrato. Son deseos ardientes, jamás satisfechos; una sed abrasadora, jamás apaciguada; es el hambre del corazon entregado al mal de una pasion devoradora. Suplicio de la espada, ¡quiero decir los remordimientos! ¡Oh! no lo dudeis, nuestro Dios es demasiado bueno para no introducir la espada del remordimiento en el corazon infiel; la clava, la vuelve para ensanchar la herida, y al mismo tiempo habla al corazon, ya con dulzura para enternecerlo, ya con cólera para conuvertirlo; es el arrullo de la paloma, es el estrépito del trueno. Pero, bajo esas impresiones tan variadas, el alma es cruelmente desgarrada; está entregada á la angustia del martirio y al horror de la muerte.

La pasión arrastra á una alma á la apostasia. Esto es muy cierto: cuando un corazón pone en lugar de Dios al objeto de su pasión, cualquiera que ésta sea, el pecado es su dios y el pecado es quien reina. Pero, yo añado otra cosa todavía más particular, y pruebo, que la pasión lleva al corazón del hombre á una doble negación de la divinidad: la negación de la incredulidad y la negación de la desesperación. La incredulidad: no se quiere creer en Dios, cuya justicia se teme. Negación de desesperación: no se puede, no se quiere darle el corazón; no se cree que tenga bastante misericordia. Esta es también una verdadera apostasia, porque es negar el primero y más esencial atributo de Dios, su bondad, su misericordia.

2. El mundo pues, en nuestros días, hace de entre sus amigos y partidarios, esclavos, mártires y apóstatas. Y qué hace de nosotros, hermanos míos, que no le pertenecemos? Todo está dicho en tres palabras, que vosotros meditareis, porque yo no puedo más que bosquejar este asunto: el mundo es para nosotros un acusador pérfido, un juez inicuo, un verdugo. Es un acusador para nosotros, que no le pertenecemos. Tenta, sondea y ataca al corazón; va hasta buscar el mal allí donde no está; sus medios son la calumnia y la mentira. Es preciso que siempre derrame su veneno sobre los amigos de Dios; obrad bien, y hablará de vosotros. Dejadle hablar, y marchad derechos á vuestro Dios; dejad á ese pérfido acusador, á ese calumniador; y si os juzga, apelad al tribunal de Dios, y Dios anulará todas esas ridículas sentencias de la tierra. ¿Qué dirá el mundo? Que sois unos insensatos en despreciarle. Apelad desde luego. Dirá que sois desgraciados, que renunciáis á los placeres de la tierra cuando os separáis de él, que no marcháis por esa hermosa senda cubierta de flores. Apelad al tribunal de Dios. Y ¿quiénes serán algún día los verdaderos insensatos, los verdaderos desgraciados? Los mundanos, vuestros jueces, que se encontrarán perdidos. Si el mundo os juzga, apelad al tribunal de Dios; si el mundo os oprime, tened paciencia, y algún día seréis felices.

El mundo es un perseguidor; su lenguaje se parece al que encontramos en la divina Escritura: «Vamos, dicen los partidarios del mundo, vamos; es necesario coronarnos...» Y en medio de estas palabras tan dulces, ved aquí sus palabras de sangre: Es necesario chupar la sangre de los huérfanos, de los oprimidos, de los desgraciados, de las viudas, cuya virtud es una tacha para nosotros. Y es ciertamente notable, que todos los grandes voluptuosos partidarios del mundo son hombres crueles; no hay un perseguidor de la Iglesia, no hay un hombre que haya hecho mártires, que no haya sido un

infame voluptuoso. En la hora del placer, en medio de sus grandes orgías, Nerón hacía quemar á los discípulos de Jesucristo.... Aquella era la gloria de Cristo.

Basta, hermanos míos: no améis al mundo. No le deis vuestra alma. Si Jesucristo, nuestro soberano, os exigiese la centésima parte de los sacrificios que estais obligados á hacer para agradar al mundo; si yo viniese aquí con un código semejante al que el mundo ha hecho para vosotros, diriais: «¡Cuán dura es la palabra del sacerdote! ¡Cuán grandes los sacrificios que nos exige! ¡Cuántos desvelos!...» Pero vosotros tenéis un amo mejor: el que ha dado su sangre. Él ha vencido al mundo, y vosotros podeis vencerlo por la fe, libertándoos de su cruel tiranía. Él ha cumplido todas las leyes, ha llevado la pesada carga de su cruz, solamente ha pedido que vosotros pongais las manos en ella, que subais con él hasta la cima del Calvario. El Calvario no está lejos del Tabór, y en el Tabór se manifestará en la gloria, en la luz; le vereis subir al cielo, y le seguireis con amor para estar eternamente en la felicidad con él. Así sea.

MUNDO.

(SU INCONSTANCIA.)

V.

Vanitati creatura subjecta est.
Las criaturas se ven sujetas á la vanidad ó mudanza.

(ROM. VIII, 20.)

El Crisóstomo, considerando á los judíos en la muerte del Señor, no pudo contener el celo de su indignación. Hombres inconstantes, exclamaba, frenéticos y envidiosos, ¡qué inconsecuentes sois en vuestra depravada conducta! Cuatro días há le elevabais sobre las estrellas; ¡y ahora le despreciáis y abatis hasta el polvo de la tierra? Cuatro días há le llamabais rey de Israel; ¡y ahora le dais en rostro con la corona de escarnio que le habeis puesto? Cuatro días há le

apellidabais bendito del Señor; ¡y ahora le maldecís y blasfemáis? Pues este es el porte ordinario del mundo; unas veces, mar tranquilo; otras, piélago furioso; ya mansísimo cordero, ya ferocísimo león; ahora corona de flores; mañana corona de espinas; tan presto lisonjero, tan presto tirano: cuanto más le miro á fondo, tanto me parece más digno de aversión y de desprecio: cuanto más reparo en las mudanzas y revoluciones de esta gran comedia, que cada día representan los hombres en la escena variable del teatro del mundo, tanto más horror concibo á la farsa y voy perdiendo aún la gana de mirarla. Yo pensaba que el mundo solo era odioso por los objetos á que incita, solo aborrecible por las máximas que establece, solo detestable por las marañas que urde: ahora veo que me he engañado: sobre los títulos alegados, que bastan y sobran para abandonarle, tiene la más odiosa cualidad, que es ser inconstante y vario, quitando con una mano lo que da con la otra. Hoy hace reír á los suyos; mañana los hace derramar lágrimas; hoy levanta, mañana abate; hoy obsequia, mañana ultraja: no hay Proteo de tantas formas, ni camaleón que vista tantos colores: siempre inconsecuente y siempre necio, se muda como la luna, y aquello poco que da, lo da con el ribete de inconstante y variable. Este es el mundo que tanto se idolatra; este es el mundo y todas las cosas que hay en él: ninguna duradera, ninguna sólida, ninguna firme; la variación parece que es de esencia de las cosas terrenas y entra en la constitución radical de sus principios. Por este motivo robustísimo os le quiero hacer aborrecible, porque á cualquier viso que le mireis, le vereis inconstante: inconstante en sus promesas, inconstante en sus dones, inconstante en sus placeres, inconstante en la vida, inconstante en la muerte. La inconstancia en sus honores, inconstante en sus riquezas, inconstante en las bagatelas del mundo, motivo fuerte para aborrecerle, y materia adecuada del presente discurso. A. M.

4. Llamemos á juicio esos títulos especiosos con que el mundo deslumbra á sus amadores, y hagamos análisis de los cadáveres que se adoran por deidades. ¿En qué puede confiar un hombre de cuanto el mundo le ofrece? ¿Acaso en las amistades? Son interesadas. ¿Acaso en las riquezas? Son perecederas, vanas. ¿Acaso en los honores? Son arbitrarios y penden de varias causas. ¿Acaso en la juventud? Es vaso frágil, expuesto á quebrarse fácilmente. ¿Acaso en la gallardía y gentileza? Es una tierna flor que se deshoja y se marchita. No nos cansemos: estas prendas, que tanto se estiman, son como una nube de estío, que aparece de abultada magnitud conglomerada de gran copia

de vapores, y al disparo de algunos relámpagos y de algunos truenos se deshace; ó como las estaciones del año, que alternativamente mudan de semblante, y los árboles cargados de frutos en el otoño se ven pelados y secos en el invierno, y los jardines vistosos en la primavera quedan desmudos de toda gala en el estío. ¡Pension triste de todo lo terreno! no solo se reduce á polvo en el último extermio, sino que, ántes de llegar al fin, padece varias transmuciones; pero, sábia conducta de la Providencia, que quiso darnos el contrapeso del desengaño ántes que llegase tarde la alucinación. Si los bienes del mundo solo fuesen caucos por la precision de dejarlos en la muerte; pudieran alegar algún género de disculpa; mas, este pretexto es nulo, porque se ve su vanidad claramente ántes de llegar á este extremo.

Añistades estrechas, gran título de confianza. ¿Hay algunas verdaderas? ¿Qué pocas! No se puede negar que los amigos del mundo son liberalísimos de palabras, grandes cumplidos, muchas ceremonias, reverentes obsequios, frecuentes promesas; pero, no pasa de aquí: de prometer ninguno se hace pobre: valeos de esa confianza y empleadlos en vuestros intereses, que presto tocaréis el desengaño; y en donde pensabais hallar sinceridad, hallareis un puro fingimiento. ¿De qué os parece que son amigos algunos que andan al redor de vosotros con tanto obsequio, con tantas adulaciones, con tantas risas fingidas? ¿Acaso de vuestra persona? Nada ménos: son amigos de aquella cuantiosa dote que tenéis adquirida para colocar á vuestra hija en matrimonio; amigos de aquel cargo cuya dispensación tenéis en vuestra mano; amigos de aquel favor que de vosotros se pueden prometer en sus apuros. Son vuestros amigos como lo son de las flores las abejas para sacarles el jugo, ó como la vid del olmo para medrar á su arrimo. Pero sucede acaso, que caéis de aquella antigua prosperidad y que ya no podéis serles útiles; ved la inconstancia de la amistad, luego se retiran, se desvían, se alejan y se huyen; cesan las tertulias y concurrencias que tan frecuentes eran en vuestra casa, y los que en los días serenos llegaban casi á adoraros, en los nublados muestran que apenas os conocen.

Con las amistades tienen un gran parentesco los honores; pero éstos no son ménos variables que aquéllas. Las cortes son el teatro frecuente de esas continuas variaciones. En aquella gran feria del embuste y el engaño, no se despacha otra mercadería que el humo de la lisonja. Un hombre que maneja los negocios públicos en cualquier ramo que sea, es un ídolo estimado á cuyas plantas se postran millares de pretendientes; pero, solo dura el homenaje mientras dura la pretensión. Ya se ha ganado el pleito, el derecho del mayorazgo, la

posesion del título; ahora ya no son del caso las humillaciones ni los obsequios; obsequios y humillaciones forzadas, que solamente las saca del corazón una dependencia necesaria. Un valido del monarca, un ministro de confianza que tiene la llave del corazón del príncipe, es una especie de deidad, cuyo altar se ve adornado de rosas y flores de adulación y perfumado con aromas é incienso de rendimiento. Colocado junto al trono, halla pintores excelentes que producen su retrato con unos colores delicados y perfectos; se califica de grande su entendimiento, de vasto en la comprensión de los negocios, de diestro en el manejo del estado, de expedito en las dificultades de las guerras, de pródigo en los acopios de los géneros, de político en los tratados con los príncipes extranjeros y un hombre, en suma, capaz de gobernar felizmente por sí solo toda la monarquía. Sucede que se inclina la rueda ó que gira de alto abajo; ya resuenan otros ecos de su conducta: ha sido un hombre despótico, amante de sí mismo, que todo lo ha sacrificado á su interés, destinado en la elección de los sujetos, parcial en la distribución de los cargos, gravoso á la sociedad, inaccesible á los humildes, misterioso con los grandes, intratable y odioso para todos.

Restáanos averiguar la inconstancia de la edad y la fragilidad de la hermosura, dos títulos halagüeños que encantan á los mundanos. Confieso desde luego, que la juventud es una edad florida en que el mundo se ofrece á nuestra vista con un aspecto risueño; cada objeto despierta el apetito de los placeres; estación de alegría, en que la naturaleza da con profusión sus riquezas y nos convida á gozar de sus dones; días serenos, que no marchitan los pesares, que la languidez no debilita y que no prometen más que gustos y diversiones. Pero yo digo; que esta edad, cuanto más fuerte, está expuesta á mayores estragos: es un relámpago cuya luz, cuanto más viva, tanto menos duradera; es una máquina delicada, cuyo juego le impide el menor obstáculo; es una infeliz conformación de órganos, que el más leve golpe desconcierta; es un conjunto y un movimiento de espíritus, que se condensan y disipan con su propia agitación. Esta es la edad, ya lo sé, en que se convida al alma á que disfrute de los presentes de la naturaleza, en que los mancebos se coronan de flores, beben sin temor en la copa encantadora, se entregan sin reparo á la sensualidad, é insultan y desafían á la muerte en medio de sus nécias alegrías. ¡Insensatos! esa edad en que tanto os fiáis, es como una nave fragil, que en el tiempo mismo en que surca ligeramente y sin ningún recelo la superficie de las aguas, da en medio de los escollos ó una borrasca repentina la estrella contra un peñasco y la sepulta en el

abismo. Asaltados de una inesperada enfermedad y detenidos en medio de su carrera, en vano buscan el residuo de sus años. Aquellos días que ellos se prometían, estaban inscritos en el polvo: un leve soplo ha bastado para borrar todos sus vestigios. ¡Cuántos ejemplos pudiera yo ponerlos á la vista, si no estuvierais convencidos por una diaria experiencia de la poca consistencia de la mocedad y de la salud más robusta! ¡Cuánta gloria, cuántos placeres y cuántas fortunas arrebatada á nuestras esperanzas una muerte temprana! Pues ¿qué locura es el contar sobre un apoyo tan frágil?

El último pretexto que satisface de lleno el amor propio y de que se hace tanta gala en el mundo, es la hermosura y gentileza. No hay duda que esta prerrogativa tiene un poderío soberano sobre el corazón del hombre, á quien arrastra con una especie de iman irresistible. Pero también es cierto, que el exceso immoderado en ostentarla nace de la estimación engañosa en que se tiene. Si se mirara á buena luz, se vería su inconstancia, motivo suficiente para no dejarse llevar de sus hechizos. Los Narcisos más bellos, los más agraciados Adonis que celebró la antigüedad y que cada día renacen en los individuos de la especie humana, pagados de sí mismos y llenos de una portentosa satisfacción, no reparan en las quebras que padece su decantada hermosura: los años la consumen, las enfermedades la ajan, los trabajos la marchitan y en breve tiempo se observa una mudanza fatal en un rostro peregrino. Mirad esa tierna flor que acaba de abrirse: el rocío humedece sus hojas, un calor benigno la anima, es la belleza de la primavera y realza el resplandor del día más sereno. Si el aire de la noche refresca, ya no hay flor; su tallo se encoge, sus colores desaparecen, se marchita y se seca. De este similitud se vale el Espíritu Santo para pintarnos la corta duración de la hermosura. Está sujeta á la misma suerte que las flores: durando solamente desde la mañana hasta la noche, se seca como la yerba del campo con el primer ardor del sol, no hace más que parecer sobre la tierra, y la que ayer era rosa encarnada y azucena blanca, hoy es solo lánguido tallo con unas pocas hojas lácias y descoloridas. Dígalo el sexo flaco, á quien pareciendo poco las adoraciones y homenajes que suele recibir en la edad de la belleza y lozanía, se encuentra en breve tiempo abandonado, mirado con desvío y hasta con desprecio.

2. Baste ya de inducción, hermanos míos; y pues que nada es firme en el mundo, no seamos tan necios que nos paguemos de unas sombras que se huyen, de unas luces que se apagan, de unas figuras que se desvanecen, de unas exhalaciones que se deshacen. Si las amistades son pérdidas; si los honores son interesados; si la juven-

tud es frágil; si la hermosura es pasajera; si todas las cosas de acá abajo son perecederas, inconstantes y vanas; busquemos solidez, consistencia y firmeza en donde verdaderamente la hay. Eres rico y opulento; no tengas de que gloriarte; mañana podrás ser pobre y desdichado, y no es justo fabricar torres de viento sobre unas bases de arena. Eres respetado por tu autoridad ó tu dignidad eminente; no tengas de que gloriarte; mañana podrás estar abafido y despreciado, porque la fortuna tiene sus reveses y el mar de este mundo padece continuas borrascas. Eres mozo de salud y robustez; no tengas de que gloriarte; mañana podrás dar en una cama y verte acometido de violentos y prolongados achaques y dolores. Eres linda, hermosa y bella; no tengas de que gloriarte; ese rostro tan fresco y tan lozano se verá presto encogido y arrugado. Tienes amigos, confidentes y valedores; no tengas de que gloriarte; mañana te volverán las espaldas y te dejarán solo cuando más los necesites. Hombre criado para el cielo, levanta tu corazón á aquella patria eterna que se te ha prometido por herencia, y allí encontrarás cuanto desearé tu gusto: allí encontrarás todos los bienes en toda su plenitud, sin mezcla de acibar ni de hiel que amargue su posesion. Compañía fiel, amistad dulce, allí reinas solamente. El nudo de la concordia y de la paz jamás se rompe; es un lazo de caridad unitiva que estrecha las voluntades sin perfidia, sin doblez y sin hastío. Honores sólidos y reales, allí teneis vuestro asiento: los aplausos, las aclamaciones y vivas que se dan á los amadores de la virtud, á los triunfadores del mundo, del demonio y de la carne, no los prodiga la adulacion ni la lisonja, sino que los granjea el mérito y justicia. Aquellas palmas no las arrancan de las manos, ni aquellos laureles los quitan de la cabeza las vicisitudes humanas, ni la lima de los tiempos: siempre subsisten en aquel teatro de las recompensas los mismos ecos y voces de alabanza, porque siempre subsisten los mismos merecimientos y las mismas victorias. Tesoros apreciables, riquezas inmensas, allí no estareis expuestas á menoscabo, ni á pérdida, ni al robo de los codiciosos; encerradas en el pecho de Dios, pero abiertas á la fruicion y regalo del alma, no padecereis quebra, disminucion ni mudanza. ¡Juventud envidiable! la eternidad misma no roerá la tela de tus dias floridos: siempre lisonjera, siempre festiva, siempre encantadora permanecerás en un estado feliz, sin que las gracias del rostro las aje el pesar ó la tristeza. Allí estará la hermosura sin lunar, la sabiduría sin ignorancia, la alegría sin zozobra, la posesion sin recelo, la abundancia sin escasez, la suavidad sin aspereza, el amor sin desconfianza, la nobleza sin emulacion, la santidad sin envidia y todos los bienes fijos y perma-

nentes en edades y siglos sempiternos. ¡Oh cielo! ¿cómo no arrastras hácia tí todos los corazones? ¡Oh mundo! ¿cómo no te aborrecemos con todos tus aturdimientos, tus devaneos y tus locuras? Hermanos míos, ¿cuándo hemos de tener reflexion y juicio?... ¿Cuándo ha de llegar el desengaño? ¿Cuándo hemos de dar de mano á las bagatelas del siglo, á estas criaturas inconstantes, y nos hemos de sacrificar sin reserva al Criador de todo, en quien solo se halla, solidez, verdad y firmeza? Desde este mismo punto, ¡oh Dios mio! conozco el error en que he vivido: he andado buscando unos bienes frágiles y variables, y os he dejado á Vos, que sois el sumo y verdadero bien. ¡Cuánto siento mis extravíos pasados! ¡Cuán apesarado estoy de mis locuras! Dadme gracia para llorar mis yerros, para serviros, amaros y bendeciros en esta vida y gozaros despues en la eternidad de la gloria.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

MUNDO.—No hay cosa en el mundo que no amenace al cristiano. No hay cosa en el cristiano que no le obligue á retraerse del mundo.

MUNDO.—El cristiano no debe juzgar de sus virtudes por la reputacion de que goza en el mundo.

Por grandes que sean las virtudes del cristiano, no debe hacer gala de ellas en el mundo.

MUNDO.—El mundo nos atrae por sus novedades. El mundo fija nuestro interés con sus diversiones. El mundo nos corrompe con sus instigaciones.

MUNDO.—Debemos desconfiar de sus caricias y de sus seducciones.

Debemos despreciar sus reprehensiones y burlas. Debemos tener valor para arrostrar sus violencias y sus persecuciones.

MUNDO.—Cuando nos promete la libertad, nos crea más obstáculos que nunca.

Quando nos promete la paz, solo nos proporciona desazones.

Quando nos promete la alegría, solo nos proporciona amarguras.

MUNDO.—El mundo es un lugar de hipocresía; y el mundo pretende que las personas honradas se tengan por hipócritas.

El mundo es un lugar de locura; y el mundo pretende que las personas honradas sean tenidas por locas.

MUNDO.—Cuando merecemos la aprobación del mundo, tenemos motivos de temer que no merecemos la aprobación de Dios.

Es más de temer el mundo cuando nos lisonjea, que cuando nos persigue.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Usquequò claudicatis in duas partes? Si Dominus est Deus, sequimini eum; si autem Baal, sequimini illum. III Reg. xviii, 21.

Numquid cognoscitur in tenebris mirabilia tua, et justitia tua in terra oblivionis? Psal. lxxxvii, 45.

Non zelos gloriam et opes peccatoris: non enim scis quæ futura sit illius verberis. Ecli. ix, 46.

Cumque me convertissem ad universa opera, quæ fecerant manus meæ, et ad labores, in quibus frustra sudaveram, vidi in omnibus vanitatem, et afflictionem animi. Eccles. ii, 11.

Si mundus vos odit, scitote me priorem vobis odio habuit. Joann. xv, 18.

In mundo pressuram habebitis; sed confidite, ego vici mundum. Idem. xvi, 33.

Ecce de illa populus meus: ut ne participes sitis delictorum ejus, et de plagis ejus non accipiatis. Apoc. xviii, 4.

¿Hasta cuándo habeis de ser como los que cojean hácia dos lados? Si el Señor es Dios, seguidle; y si lo es Baal, seguid á Baal.

¿Cómo han de ser conocidas en las tinteblas tus maravillas, ni tu justicia en la region del olvido?

No envidies la gloria y las riquezas del pecador, pues no sabes tú cual ha de ser su catástrofe.

Mas volviendo la vista hácia todas las obras de mis manos, y considerando los trabajos en que tan inútilmente me habia afanado, ví que todo era vanidad y afliccion de espíritu.

Si el mundo os aborrece, sabed que primero que á vosotros me aborreció á mí.

En el mundo tendreis grandes tribulaciones; pero tened confianza; yo he vencido al mundo.

Los que sois del pueblo mio, escapad de ella; para no ser parti-

rum ejus, et de plagis ejus non accipiatis. Apoc. xviii, 4.

Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt; non est qui faciat bonum, non est usque ad unum. Psalm. xlii, 3.

Non est veritas, et non est misericordia, et non est scientia Dei in terra: maledictum, et mendacium, et homicidium, et furtum, et adulterium inundaverunt, et sanguis sanguinem tetigit. Osee. iv, 1, 2.

Mundus transit, et concupiscentia ejus. I. Joann. ii, 17.

cipantes de sus delitos, ni quedar heridos de sus plagas.

Todos se han extraviado, todos á una se hicieron inútiles; no hay quien obre bien, no hay siquiera uno.

No hay verdad, ni hay misericordia, no hay conocimiento de Dios en el país: la maldicion ó blasfemia y la mentira, y el homicidio, y el robo, y el adulterio lo han inundado todo, y una maldad alcanza á otra.

El mundo pasa, y pasa con él la concupiscentia.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Peligros del mundo: véase la desgracia ocurrida á Dina, hija de Jacob (GENES. 34): la prevaricacion de los Israelitas por haberse mezclado con las Moabitas (NUMER. 13).

Vanidad del mundo reprimida y castigada por Dios: *Pro eo quod elevati sunt filii Sion, et ambulaverunt extento collo, et nutibus oculorum ibant et plaudebant,* etc. (ISAI. 5).

Paga del mundo: véase la desastrosa muerte de la vana é impia Jezabel. (IV REC. 9).

Exhortos á huir del mundo: *Egredimini de Babylone, fugite à Chaldæis* (ISAI. 48): *fugite de medio Babylonis, et unusquisque salvet animam suam.* (JEREM. c. 51).

Desprecio del mundo: *Tu scis (Domine) necessitatem meam quod abominer signum superbie et glorie meæ, quod est super caput meum, in diebus ostentationis meæ.* (ESTHER 14).

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Sola Dei gloria stat; solique stant, et permanent, qui cum illo, et in illo gloriantur. Telt. de Pœnit. c. 11.

Solo la gloria de Dios es permanente; y solo son estables y permanentes los que se glorian en él y con él.

Nihil desiderare, nihil appetere de saeculo potest, qui saeculo maior est. S. Cyp. Epist. ad Don.

Difficile, imo impossibile est, ut presentibus quis et futuris fruatur bonis, ut è deliciis transseat ad delicias, et in utroque saeculo primus sit. D. Hier. Epist.

Discite in hoc mundo supra mundum esse. Ambr. de Sirg.

Contemne divitias, et eris locuples: contemne gloriam, et eris gloriosus: contemne remissionem, et quietem, et tunc eam recipies. Chris. ser. 22, in epist. ad Hebr.

Blasphemat mundus, caveatur corruptor. Aug. ser. 17 de Nat. Joan. Bap.

Fugiendus mundus, quia male suas amatores remunerat. S. Jil. col. 2.

Cum mundus tibi fallaciter ridet, tu veraciter irride cum. Ans. 11. Epist. 8.

Si sapias, si habes cor, si tecum es lumen oculorum tuorum, desine ea sequi, quae et assequi miserum est. Bern. Epist. 105.

Véase: *Ambicion, Bailes, Carnaval y diversiones del mundo:* en cuyos tratados se hallarán otras autoridades de los santos Padres.

Véase tambien: *Banderas (Las dos).*

Nada puede apetecer ni desear del siglo, quien es superior al siglo.

Es difícil, y casi imposible, gozar de los bienes presentes y de los futuros, pasar de las delicias temporales á las eternas, y que sea el primero en este siglo y en el otro.

Aprended en este mundo á sobreponeros al mundo.

Desprecia las riquezas, y serás rico: desprecia la gloria, y serás glorioso: desprecia el sosiego y la quietud, y entonces la recibirás.

Si el mundo acaricia, desconfiamos de él, porque es corruptor.

Huyamos el mundo, porque paga muy mal á sus amadores.

Cuando el mundo falsamente te halaga, mófate de veras de él.

Si eres prudente, si tienes valor, si no estás ciego, deja de correr en pos de lo que es una desdicha alcanzar.

MURMURACION.

I.

Custodite vos à murmuracione.
Guardaos de la murmuracion.

(SAP. 1, 11.)

Si conociéramos perfectamente nuestros males y procuráramos es- tudiar su naturaleza y cualidades, no sería menester más, por lo co- mún, para curarnos de ellos; y esta sola reflexion podría ser su sobe- rano é infalible remedio. La causa de que los mantengamos y nos conservemos en ellos, es que no conocemos su malicia, y que por un desuido muy pernicioso, casi nunca averiguamos de que origen pro- cedan, ni que efectos causan en nosotros. Yo quiero hablarlos hoy de un mal tanto más digno de llorarse, cuanto es voluntario; y tanto más pernicioso, cuanto es habitual; esto es, del pecado de la murmu- racion, ó por mejor decir de la pasion que es en nosotros el principio de este pecado. Mi admiracion consiste, en que siendo esta pasion la más baja y odiosa, por una parte, y teniendo, por otra, tanta conexion con la conciencia, sea, no obstante, la que tenemos ménos, y venga á sernos por eso más comun; que al fin, por poco que nos interese el honor, aán sin la gracia y sin la ley cristiana, huimos naturalmente todo lo que tiene algun carácter de vileza, y todo lo que puede acar- rearnos el odio de los hombres. Y considerado segun otro respeto, por poca religion que tengamos, y por poco que nos mueva el celo del importante asunto de nuestra salvacion, debemos consiguientemente evitar lo que nos la hace más difícil, y lo que la expone á ma- yor peligro. Pero, por una conducta totalmente contraria, es la mur- muracion de la que entre todos los pecados nos preservamos con ménos precaucion; y esto es, vuelvo á decir, lo que me sorprende. Os diré, pues, todo mi designio en dos palabras. No hay pecado más universal que la murmuracion, y esto me admira por dos razones: la primera, porque, entre todos los pecados, ninguno hay más vil ni más odioso; lo vereis en la primera parte; y la segunda, porque, entre to-